



Mónica Inés Cejas (coord.), *Sudáfrica post-apartheid: nación, ciudadanía, movimientos sociales, gobierno, género y sexualidades*, México, Universidad Autónoma Metropolitana/MC Editores, 2017, 218 pp.

El liderazgo de Nelson Mandela, la estabilidad de sucesivos gobiernos del Congreso Nacional Africano (African National Congress, ANC), la Constitución de 1996 y los trabajos de la Comisión de Verdad y Reconciliación (Truth and Reconciliation Commission, TRC) han llevado a asociar a Sudáfrica con la superación de las injusticias del pasado. ¿Hasta qué punto ha logrado la sociedad sudafricana superar realmente la segregación y la exclusión? ¿Cómo se ha configurado su sociedad a partir del advenimiento de la democracia en 1994? Con estas interrogantes como ejes, Mónica Inés Cejas reúne los textos de un grupo de académicas argentinas y mexicanas en *Sudáfrica post-apartheid: nación, ciudadanía, movimientos sociales, gobierno, género y sexualidades*.

En “La élite política del Congreso Nacional Africano como partido gobernante de la era *post-apartheid*”, Hilda Varela Barraza examina los gobiernos de Sudáfrica desde 1994. En el capítulo se muestra la evolución política de los dirigentes del ANC en la época democrática y el consenso neoliberal que ha caracterizado a sus políticas económicas que, como señala Cejas en la introducción, “han retrasado, bloqueado y tergiversado los objetivos de justicia social que animaron tantos años de lucha” contra la segregación (p. 16).

En “Género, nación y ciudadanía en Sudáfrica *post-apartheid*. Bases legales e institucionales de un modelo incluyente”, Cejas estudia la construcción de los pactos fundacionales de la Sudáfrica democrática, en es-

pecial la Constitución de 1996, tomando en cuenta las categorías de clase, género y raza. Un aporte muy valioso de este capítulo es el análisis sobre la TRC, que, como apunta la autora, conceptualizó a las víctimas de forma individual, con lo que anuló la condena a las políticas de limpieza étnica y a la privación de derechos que afectaron a comunidades enteras (las no blancas); así, “la TRC generó un *post-apartheid* sin siquiera mencionar esa palabra” (p. 67). En esas condiciones, no es extraño que la TRC declarara en su informe final que las mujeres habían sido sólo víctimas secundarias o indirectas de la violencia racial.

En “Ciudadanía e igualdad. La sociedad civil sudafricana ante los tribunales. La otra transición”, María Celina Flores detalla el trabajo de la Corte Constitucional de Sudáfrica. Luego de precisar el desarrollo del poder judicial sudafricano desde 1994, la autora describe algunas de las sentencias emblemáticas que ejemplifican las ambivalencias de la Corte Constitucional, demostrando que la jurisprudencia todavía se centra más en procedimientos penales y menos en derechos socioeconómicos y, lo más importante, que la acción constitucional tiene su límite cuando se topa con poderes fácticos. Los casos seleccionados por la autora muestran el limitado acceso a la justicia por parte de los sectores más débiles, a pesar de los importantes avances institucionales.

Por su parte, en “‘Estamos luchando por el derecho a existir’. Disrupción y creatividad en la producción cotidiana de la ciudadanía en Ciudad del Cabo”, Natalia Cabanillas ofrece una investigación etnográfica de dos marchas por los derechos sexuales en Ciudad del Cabo. Abundante en testimonios y entrevistas variados, en este capítulo se demuestran las falacias de la “nación arco iris” en lo referente a la diversidad sexual; en particular, se exponen las exclusiones que se producen dentro de la comunidad LGBTI en esta urbe (la segunda más importante de Sudáfrica), debido a factores raciales y de clase. Los testimonios dan cuenta del complejo panorama de las movilizaciones por los derechos sexuales en Sudáfrica, y del muy desigual acceso al goce de los mismos.

“La colonialidad del saber en la Sudáfrica *post-apartheid*. Movimientos estudiantiles en busca de la transformación/descolonización del sistema universitario” contiene las anotaciones de Laura Efron en el contexto de sus estudios doctorales en la Universidad de Ciudad del Cabo (UCT). Esto coincidió con el surgimiento de la campaña “Rhodes Must Fall”,

movimiento estudiantil de 2015 que exigía remover la estatua del colonizador británico Cecil B. Rhodes —uno de los fundadores de la UCT— de la explanada de esta universidad. El movimiento no sólo logró el objetivo, sino también iniciar importantes discusiones en torno a estructuras de autoridad y representación en las universidades sudafricanas. Los estudiantes comprendieron que, a pesar del fin del *apartheid*, han permanecido intactos los privilegios raciales en la educación superior, principalmente mediante el cobro de altas colegiaturas universitarias.¹ Para fines de 2015, el movimiento adoptó el lema “Fees Must Fall” (las colegiaturas deben caer), y así se sumó la consigna de mayor acceso a la educación universitaria, desafiando el consenso imperante entre la clase política sudafricana, tanto en el ANC como en el principal partido de oposición (Alianza Democrática), que considera inviable financiar una educación superior accesible para las mayorías. Pese a la contraofensiva mediática y a la falta de coherencia organizacional, el movimiento estudiantil se convirtió en la corriente contestataria más importante de la última década en Sudáfrica, poniendo sobre la palestra discusiones indispensables sobre el desarrollo del país.

El esfuerzo colectivo de esta obra da una amplia idea de los retos sociales que enfrenta la Sudáfrica actual, aunque desde mi punto de vista el libro no está exento de limitaciones. Los estudios empíricos de Cabanillas y Efron se concentran en la provincia del Cabo Occidental, la única en el país en la que la población no es mayoritariamente negra. Dado que 80% de los habitantes de Sudáfrica pertenecen a la población negra, hubiera sido importante añadir estudios de caso de otras ciudades para presentar un panorama general del país. Se advierten otras limitaciones cuando, por ejemplo, al hablar de la complejidad cada vez mayor para definir a las comunidades en disputa, Efron sostiene que “los jóvenes blancos nacieron y se criaron en contextos similares a los de los jóvenes negros de familias de clase media y alta” (p. 203), afirmación que no considera las condiciones iniciales en ambas comunidades, ni cómo esas

¹ En Sudáfrica no existen universidades en las que se ofrezca educación superior gratuita o con colegiaturas muy reducidas. Esto continúa siendo uno de los mayores obstáculos para la movilidad económica de la población mayoritaria.

circunstancias se potencian en la vida de un estudiante universitario promedio que no es blanco, que debe lidiar con los enormes costos de la educación superior y con la figura del *black tax* (como se denomina a la obligación de los graduados universitarios de sostener económicamente a sus familias), ausente entre la población blanca universitaria.²

Llama la atención que una crisis de salud pública como la del VIH/sida, que afecta a 18.8% de la población adulta en Sudáfrica,³ se trate poco en las discusiones de este libro, a pesar de que había oportunidad para ello. Por ejemplo, Varela Barraza no destaca el impacto negativo de las políticas de salud pública en el gobierno del presidente Thabo Mbeki (1999-2008), quien justificó la falta de inversión en antirretrovirales en la creencia de que la pobreza —y no el VIH— era la causante del sida. Como resultado de esas políticas, la esperanza de vida de los sudafricanos en 2005 se redujo a 51.6 años, alcanzando la magnitud más baja desde 1961, durante la época de las peores privaciones del *apartheid*.⁴

La persistencia de las secuelas del *apartheid* y la convivencia de los descendientes tanto de los explotadores como de los despojados hacen de la sociedad sudafricana actual, si no la más compleja, por lo menos una de las más complicadas de África. El libro *Sudáfrica post-apartheid* permite apreciar los debates más importantes en la Sudáfrica contemporánea, como el de la juventud *born-free* —la generación nacida después de los años noventa— que cuestiona muchos de los consensos de la Sudáfrica democrática, al impugnar no sólo la muy desigual estructura de propiedad, sino también el acceso a la tierra, a la educación superior y a los servicios básicos.

² Existen pocos estudios sobre el tema. Para una buena introducción sobre esta práctica, véase Sarah Birnbaum, “In South Africa, it’s Called the Black Tax”, en Public Radio International, 24 de noviembre de 2015, en <https://www.pri.org/stories/2015-11-24/south-africa-its-called-black-tax> (fecha de consulta: 23 de junio de 2019).

³ “South Africa, Prevalence of HIV among adults aged 15 to 49 (%), 2017”, en World Health Organization. Global Health Observatory Data Repository, 17 de julio de 2018, <http://apps.who.int/gbo/data/view.main.22500?lang=en> (fecha de consulta: 12 de julio de 2019).

⁴ Mary Alexander, “HIV and Aids in South Africa”, en South Africa Gateway, 30 de mayo de 2018, disponible en <https://southafrica-info.com/people/hiv-aids-south-africa/> (fecha de consulta: 12 de julio de 2019).

Analizar la política exterior de un país implica el estudio de su sociedad, con todo lo que eso conlleva: sus actores, sus disputas, sus relaciones y sus dinámicas. En este volumen se encontrará un buen punto de partida para comprender algunas de las vicisitudes de la Sudáfrica presente, así como un avance en el diálogo Sur-Sur, imprescindible tanto en el ámbito académico como en el diplomático. Ese avance constituye posiblemente la contribución más significativa del esfuerzo colectivo coordinado por Mónica Cejas.

Andrés Medellín